

“El señor presidente” de Miguel Angel Asturias

Escribe: PUBLIO GONZALEZ RODAS

No queremos dejar pasar este año de 1967, sin dedicarle al primer novelista de lengua española en obtener el Premio Nobel, unas líneas de estudio y consideración crítica de su obra. Se trata de Miguel Angel Asturias, guatemalteco, escritor poco conocido en Colombia, aún hoy después de ser laureado, y del cual se han escrito algunas páginas en nuestros periódicos principales pero en forma muy general, con conocimientos muy superfluos, con reflexiones producidas al leer tan solo una de sus obras, y de consultar un prólogo para citar la frase de Valery.

Se ha hablado del hombre, del diplomático, del ganador del Premio Nobel, del “chompipe” Asturias, pero no se ha hecho un análisis a fondo de ninguna de sus obras. Y en ello incluyo también a los críticos españoles que lo felicitan por haber recaído este honor en un novelista latinoamericano. Antes habían recibido el mismo galardón poetas y dramaturgos de lengua española como Echagaray, Benavente, Juan Ramón Jiménez, la chilena Gabriela Mistral, pero nunca había sido merecedor a él un novelista de los nuestros, bien sea español o de América.

Los artículos más recientes lo han elogiado, pero han descuidado un poco el valor literario y social de su obra. En primer lugar si hablamos de Asturias, tenemos que hacer resaltar la corriente del “realismo mágico” a la cual pertenece el guatemalteco, lo mismo que el cubano Alejo Carpentier y el cuentista centroamericano Salarnué. Estos tres describen la realidad hispanoamericana en una forma que trasciende a épocas remotas, y al trascender esa realidad actual se presenta entonces como especie de mito basado en leyendas pasadas, en culturas antiguas, en ceremonias practicadas por nuestros indios aztecas y mayas, en pre-exorcismos rituales acompañados de creencias y bailes exóticos, ruidos de instrumentos indígenas y visiones tenebrosas de ultratumba.

Asturias pertenece al país que vio florecer la mejor época de los mayas, griegos del Nuevo Mundo y está bien familiarizado con las narraciones mitológicas que como el *Popol Vuh* o el libro de *Chilam Balam de Chumayel* fueron escritas por mano india o mestiza, pero con influencia ya de los invasores europeos.

Todo ese "aire indio", reflejo de ese espíritu indígena, sanguinario unas veces y otras ostentando el más delicado colectivismo pacífico, que encontraron los colonizadores españoles, aún pervive en nuestra cultura y civilizaciones actuales, especialmente en aquellos países que como Guatemala, México y Perú, fueron asiento de grandes culturas primitivas. Allí es difícil muchas veces separar lo autónomo de lo extranjero, porque están de tal manera amalgamados que la dicotomía se haría prácticamente imposible, como bien se puede observar al contemplar las ruinas de Monte Albán, Chichén, Itza, Uxmal, Palenque, Mitla, Tikal y muchas iglesias católicas actuales cuyas bases las forman los antiguos templos de Huitzilopochtli, Quetzalcoatl y otros más del olimpo indígena.

Es esta mezcla de lo europeo-americano lo que le ha encantado al público europeo que lee la obra de Asturias, especie de mago que con sumo cuidado entrelaza la realidad con el mito, el sueño con la vigilia, la historia con la leyenda, la magia con la medicina, la realidad circundante con el ensueño dándonos la sensación de tener un fondo común con todos los pueblos de la tierra, cuando inconscientemente y bajo diversos estados dejamos oír gritos o alaridos que nos identifican con la madre naturaleza, no importa el lugar donde nos encontremos.

Asturias nos describe una realidad como si fuera pesadilla, y la hace realidad en su "Realismo mágico". Para ello sé vale de la técnica surrealista, de los estados de ánimo descritos bajo el borbotón de la conciencia, de las alucinaciones de ciertos sueños que hacen referencia a un lejano bagaje simbólico y primitivo que el inconsciente revela espontáneamente. Porque como ya hemos señalado hay ciertos símbolos y sonidos, voces diversas que persisten a través de los siglos, y que parecen que surgieran de la madre tierra cuando ella quiere comunicarse con sus hijos que sufren.

La técnica empleada en *El señor presidente* es surrealista, y el tema social: una de tantas dictaduras de nuestros países de Hispanoamérica, en este caso la de Estrada Cabrera en Guatemala pero por extensión la de cualquier país más allá del Río Grande, donde el que preside la cosa pública aparece como *Sumo benefactor, benemérito y padre de la patria*, cuando en realidad es el hombre más indigno de ella, es el rapaz más curtido, es el hombre sin escrúpulos y de una especie de crueldad refinada que no escatima esfuerzos malévolos para lograr éxitos personales. En esta obra lo observamos deleitándose al ver sufrir a sus inocentes ciudadanos, como una especie de sádico que controla las riendas del poder, como un verdadero sicopático.

Leyendo *El señor presidente* encontramos una atmósfera de refinada crueldad: la idea del máximo mal, convertida al servicio del máximo bien ante los ojos inocentes y sufridos del pueblo. De aquí proviene el "Realismo mágico" de esta obra, al metamorfosearse la realidad actual.

¿Cuál será el personaje principal en esta novela? Por eliminación podemos decir que no es el Señor Presidente, ni su protegido, Cara de Angel, ni otros personajes secundarios como el general Canales, El Pelele, Genaro Rodas, la Niña Fedina y otros más: el verdadero protagonista es la maldad.

Observemos cómo en esta novela todos los personajes se van construyendo a base de destrucciones: un ejemplo de ello es el mayor Farfán que lo salva Cara de Angel de ser envenenado, de ser destruido, y que más tarde llega a ser un gran confidente del dictador, al capturar a aquel que antes le salvara la vida. De ahí que en toda la obra hay una sicología constante de la destrucción: sus personajes determinan su no ser, no su ser. La nada es el resultado de cada persona, así Cara de Angel de protegido especial pasa a través de una serie de destrucciones como el encarcelamiento, la pérdida de su pasaporte al cruzar la frontera, el saber que su esposa ha caído en las redes del Dictador como amante, hasta quedar reducido a un oscuro prisionero de la celda número 17, que muere sin deudos y en la mayor soledad. Se trata pues, de una obra sumamente trágica y sumamente irónica.

La novela principia en las escalinatas de la catedral, y termina en las mismas gradas, bajo el mismo repicar de las campanas. Nada parece haber cambiado, porque el mal es indefinido, casi eterno en nuestros países subdesarrollados. Ello nos hace creer que Asturias ve un cambio renovador muy lejano, o para ser más francos, casi no lo ve. Su visión, diríamos, es pesimista hacia el futuro, que lo ve muy nublado.

La obra está dividida en tres partes: la primera parte comprende tres días (21, 22 y 23 de abril), la segunda parte (24, 25, 26 y 27 de abril) y la tercera parte no tiene tiempo definido, fluye, corre, se pierde la noción del tiempo. ¿Por qué se pierde esta noción del tiempo? Porque ya en la tercera parte la dictadura está afianzada, ya nadie la puede derrotar, ya esos sufrimientos que parecían temporales los acepta el pueblo ahora con resignación, cruzados de brazos ante el Máximo Mal, hasta que de pronto llegue su muerte y venga otro peor, y otro peor, y otro peor... ¿Y qué refleja esta repetición de personajes y de temas? Refleja la historia de nuestros países, con su pasado remoto hasta nuestros días desde la época colonial del tirano Lope de Aguirre hasta la época actual de los Somoza y de otros tantos que continúan viviendo gracias al desvivir, al aniquilamiento de otra gente. Ello bien puede comprobarse en la historia de cualquiera de nuestros pueblos que han visto correr sangre inocente desde la llegada de los primeros invasores europeos, hasta la época actual proyectándose hacia el futuro, desbordándose nuestras selvas y ríos con la sangre del pueblo que se desvive, que se mata, por aquellos que lo engañan y lo masacran.

Veamos cómo principia la novela, en el capítulo I (*En el Portal del Señor*):

...¡Alumbra, lumbre de alumbra, Luzbel de piedralumbra! Como zumbido de oídos persistía el rumor de las campanas a la oración, maldobestar de la luz en la sombra, de la sombra en la luz.

¡Alumbra, lumbré de alumbra, Luzbel de piedralumbra, sobre la podredumbra! ¡Alumbra, lumbré de alumbra, sobre la podredumbra, Luzbel de piedralumbra! ¡Alumbra, alumbra, lumbré de alumbra..., alumbra..., alumbra..., alumbra, lumbré de alumbra..., alumbra, alumbra...

El título de este primer capítulo es irónico (*En el Portal del Señor*), allí es donde se reúnen los pordioseros que arrastraban sus inmundicias por las escalinatas de la "Catedral helada", juntándolos la miseria en el sueño común, cuando la ciudad se encontraba sola y el resto de la gente descansaba. Allí era donde subían a dormir esos mendigos, víctimas de la mala administración, "sin más lazo común que la miseria, maldiciendo unos de otros", en lugar de ensalzar al Señor.

Tenemos pues, un cuadro social: pordioseros maldicientes ante las columnas de una catedral de escalinatas heladas por el frío de la madrugada. El autor describe este cuadro con técnica surrealista: la realidad actual dura y cruel de la penuria de estos hombres nos la presenta artísticamente, es decir, embellecida. Estos hombres hambreados parecen estar reunidos ante un hechicero de la tribu, que empieza una ceremonia mágica de exorcismo, de desagravio a los dioses con esas palabras rítmicas, musicales de "¡Alumbra, lumbré de alumbra, Luzbel de piedralumbra, sobre la podredumbra! Alumbra, lumbré de alumbra, sobre la podredumbra, Luzbel de piedralumbra" que se repiten en forma de letanía por los concurrentes hasta hacerse mecánica, confundiéndose y mezclándose las palabras ante los ojos desorbitados y las gargantas secas de los concurrentes.

Luego se duermen y tienen sueños surrealistas:

Comidos y con el dinero bajo siete nudos en un pañuelo atado al ombligo, se tiraban al suelo y caían en sueños agitados, tristes; pesadillas por las que veían desfilar cerca de sus ojos cerdos con hambre, mujeres flacas, perros quebrados, ruedas de carruajes y fantasmas de Padres que entraban a la Catedral en orden de sepultura, precedidos por una tenia de luna crucificada en tibias heladas. A veces, en lo mejor del sueño, les despertaban los gritos de un idiota que se sentía perdido en la Plaza de Armas. A veces, el sollozar de una ciega que se soñaba cubierta de moscas, colgando de un clavo, como la carne en las carnicerías.

Los personajes secundarios de *El Señor Presidente*, más que seres de carne y hueso, parecen fantasmas, visiones de casas de espanto, seres contrahechos, universo anormal. Hay un idiota, un Pelele, que ante los insultos del Patahueca y al oír la palabra 'madre' "abría los ojos de repente, como el que sueña que rueda en el vacío"; hay otro apodado el Viuda, y otro hombre ciego apodado el Mosco al que le faltan también las dos piernas, que parece ser sacado del Goya cruel o del irónico Quevedo.

La ciudad donde viven es una ciudad despiadada, que se ha vuelto insensible ante tanta miseria:

La ciudad grande, inmensamente grande para su fatiga, se fue haciendo pequeña para su congoja. A noches de espanto siguieron

días de persecución, acosado por las gentes que, no contentas con gritarle: “¡Pelelito, el domingo te ‘casás’ con tu madre..., la vieja..., somato... chicharrón y chaleco!, le golpeaban y arrancaban las ropas a pedazos. Seguido de chiquillos se refugiaba en los barrios pobres, pero allí su suerte era más dura; allí, donde todos andaban a las puertas de la miseria, no solo lo insultaban sino que, al verlo correr despavorido, le arrojaban piedras, ratas muertas y latas vacías.

Acumula Asturias las técnicas más diversas, con el fin de darle universalidad a la novela, colocando así a la novelística hispanoamericana a la altura de las más modernas de nuestros días. Veámosle describir el crimen que comete el Pelele al ser despertado con el grito ‘madre’, promulgado por el coronel José Parrales Sonriente, tipo de militar sin cultura, hombre vulgar que regresa al amanecer de las casas de vicio insultando y burlándose del mal humano:

¡Madre!

No digo más. Arrancado del suelo por el grito, el Pelele se le fue encima y, sin darle tiempo a que hiciera uso de sus armas, le enterró los dedos en los ojos, le hizo pedazos la nariz a dentelladas y le golpeó las partes con las rodillas hasta dejarlo inerte.

La novela es sumamente trágica. Asturias describe a sus personajes como bestias que viven en enormes jaulas, llenos de padecimientos, picazonas y roña: “Los pordioseros se encogieron como gusanos”, “Sus compañeros lagrimeaban como animales con moquillo”, “temblaban como los perros que en la calle mueren envenenados por la policía” y otras mil más. Hay muertes tremendistas muy similares a las que encontramos en las novelas de Camilo José Cela, especialmente en *La familia de Pascual Duarte*.

El Mosco muere torturado en la estación de policía, porque no quiso confesar que el autor de la muerte del coronelito, no fue un jefe político de oposición como quieren los autores del Sumo Mal, sino un inocente pelele provocado por un borracho irresponsable.

Abundan las caracterizaciones de personajes a base de contrastes, así mientras el Pelele huye por “las calles intestinales” de los suburbios, otros descansan “en la privilegiada industria del ocio”:

amigos del Señor Presidente, propietarios de casas —cuarenta casas, cincuenta casas—, prestamistas de dinero al nueve, nueve y medio y diez por ciento mensual, funcionarios con siete y ocho empleos públicos, explotadores de concesiones, montepíos, títulos profesionales, casas de juego, patios de gallos, indios, fábricas de aguardiente, prostíbulos, tabernas y periódicos subvencionados.

Este Pelele podríamos encajarlo como personaje surrealista: “Medio en la realidad, medio en el sueño, corría el Pelele perseguido por los perros y por los clavos de una lluvia fina”. Luego, ya cansado de huír, cae profundamente dormido en un basurero donde cree encontrarse en contacto directo con la madre tierra, bocabajo, oyendo sus sollozos. Es allí donde

lo atacan feroces zopilotes (gallinazos) que le disputan el corazón y los ojos a picotazos. El Pelele logra librarse de ellos, al rodar por un despeñadero. Queda con una pierna rota que le duele bastante y con el fantasma del buitre que aún sentía encima. Entonces tiene sueños surrealistas:

...E-e-eerrr... E-e-eerrr... E-e-eerrr...

Las uñas aceradas de la fiebre le aserraban la frente. Disociación de ideas. Elasticidad del mundo en los espejos. Desproporción fantástica. Huracán delirante. Fuga vertiginosa, horizontal, vertical, oblicua, recién nacida y muerta en espiral...

...erre, erre, ere, ere, erre, ere, erre...

Y en medio de ese sueño-pesadilla, donde lo real se mezcla confundiendo con lo irreal como si pasara a través de espejos deformantes, y bajo el influjo del dolor de la pierna rota y de una fiebre muy alta, viene en este estado el borbotón de la conciencia. Obsérvese que no hay ninguna lógica, todo está mezclado y sin conexión alguna, hay una enorme arbitrariedad que refleja muy bien la vida moderna, las técnicas modernas de novelar:

...Erre, erre, ere...

I-N-R-¡ Idiota! I-N-R-¡ Idiota!

...Erre, erre, ere...

¡El afilador se afila los dientes para reírse! ¡Afiladores de risa! ¡Dientes de afilador!

¡Madre!

El grito del borracho lo sacudía.

¡Madre!

La luna, entre las nubes esponjadas, lucía claramente. Sobre las hojas húmedas, su blancura tomaba lustre y tonalidad de porcelana.

¡Ya se llevan...!

¡Ya se llevan...!

¡Ya se llevan los santos de la iglesia y los van a enterrar!

¡Ay, qué alegre, ay, que los van a enterrar, ay, que los van a enterrar, qué alegre, ay!

¡El cementerio es más alegre que la ciudad, más limpio que la ciudad! ¡Ay, qué alegre que los van, ay, a enterrar!

¡Ta-ra-rá! ¡Ta-ra-rí!

¡Tit-tit!

Tararará! ¡Tarararí!

¡Simbarán, bún, bún, simbarán!

¡Panejiscosilatenache-jaja-ajajají-turco-del-portal-ajajajá!

¡Tit-tit!

¡Simbarán, bún, bún, simbarán!

El capítulo IV titulado *Cara de Angel*, nos describe cómo vive este personaje dentro de ese ambiente, dura exégesis del miedo. El capítulo comienza como una especie de caos, donde todo anda al azar. Nos recuerda al Neruda surrealista al describirnos el sueño del Pelele:

Cubierto de papeles, cueros, trapos, esqueletos de paraguas, alas de sombreros de paja, trastos de peltre agujereados, fragmentos de porcelana, cajas de cartón, pastas de libros, vidrios rotos, zapatos de lenguas abarquilladas al sol, cuellos, cáscaras de huevo, algodones, sobras de comidas..., el Pelele seguía soñando.

Ahora medio dormido, es decir, entre la realidad circundante y el sueño, y tratando de despertar lo real y se hace irreal y viceversa:

Y cantaba en el pino un pájaro que a la vez que pájaro era campanita de oro:

¡Soy la Manzana-Rosa del Ave del Paraíso, soy la vida, la mitad de mi cuerpo es mentira y la mitad es verdad; soy rosa y soy manzana, doy a todos un ojo de vidrio y un ojo de verdad; los que ven con mi ojo de vidrio ven porque sueñan, los que ven con mi ojo de verdad ven por que miran! ¡Soy la vida, la Manzana-Rosa del Ave del Paraíso; soy la mentira de todas las cosas reales, la realidad de todas las ficciones!

Al general Canales, persona enemiga del Presidente, le achacan la muerte del coronel Parrales Sonriente. Cara de Angel trata de ayudarle en la fuga a Canales simulando la entrada de unos ladrones a la casa; la hija de Canales al verlos llama a la policía, y esta empieza a robar lo mismo que los ladrones logrando evadirse así el general.

Hay humor en la novela, pero es un humor de carcajada irónica, amarga como el resto de la obra:

“Sonrió para su saliva recordando la anécdota de aquel reo político condenado a muerte que, doce horas antes de la ejecución recibe la visita del Auditor de Guerra, enviado de lo alto para que pida una gracia, incluso la vida, con tal que se reporte en su manera de hablar”. “Pues la gracia que pido es dejar un hijo” —responde el reo a quemarropa—. “Concedida” —le dice el Auditor— y, tentándose de vivo, hace venir una mujer pública. El condenado, sin tocar a la mujer, la despide y al volver le suelta: “Para hijos de ... basta con los que hay!...”.

Al huír el padre de Camila, el general Canales, esta queda muy preocupada. La esposa de Genaro Rodas sale a buscarla, hay un juego de palabras, de ritmos que sugieren nuevas posibilidades de expresión:

Ja-já-já-já... Jí-jí-jí-jí... Jú-jú-jú-jú!... ¡Tuero!

¡Tuero! ¡Salga, niña Camila, que no la “jallo”! ...¡Salga, niña Camila, que ya me cansé de buscarla! Já-já-já-já...

¡Salga! ...¡Tuero!... ¡Voy con tamaño cuero! ...Jí-jí-jí-jí... ¡Jú-jú-jú-jú!

La esposa de Genaro Rodas es capturada como sospechosa. El miedo, el terror se expresa también por medio de la descomposición de las palabras:

—Decían ustedes... Les corté su conversación. Perdonen...

—¡De...!

—¡Sí...!

—¡Han...!

Cara de Angel va a la casa de Juan Canales, tío de Camila, para comunicarles que la hija del general se vendrá allí y la aceptan de mala gana. Mientras tanto la Niña Fedina, esposa de Rodas, se pone a pensar en su hijo en el calabozo. Asturias aprovecha esta ocasión para darnos un ejemplo de descripción caótica, muy parecida a la que encontramos en el Neruda de *Walking Around*:

Y volvió a pensar en su hijo, y tan adentro se le fue el gozo, que, tenía puestos los ojos en una telaraña de dibujos indecentes, a cuya vista se turbó de nuevo. Cruces, frases santas, nombres de hombres, fechas, números cabalísticos, enlazábanse con sexos de todos tamaños. Y se veían: la palabra Dios junto a un falo, un número 13 sobre un testículo monstruoso, y diablos con cuerpos retorcidos como candelabros, y florecillas de pétalos en forma de dedos, y caricaturas de jueces y magistrados, y barquitos, y áncoras, y soles, y cunas, y botellas, y manecitas entrelazadas, y ojos y corazones atravesados por puñales, y soles bigotudos como policías, y lunas con cara de señorita vieja, y estrellas de tres y cinco picos, y relojes, y sirenas, y guitarras con alas, y flechas...

Continúan torturando a la Niña Fedina para que revele dónde está el general Canales. Para lograr esta confesión le echan cal por todo el cuerpo, que la va dejando en forma de grietas toda su carne. Luego le traen al hijito pequeño para que lo amamante, y al hacerlo, muere la criatura.

El Señor Presidente se entera de que Cara de Angel lo está traicionando. Camila está enferma y la Niña Fedina va a parar a un burdel, de propiedad de la "Diente de oro", que la compra como a una de sus pupilas. Hasta allí lleva a la pobre criaturita muerta, ya descompuesta. Al visitar Cara de Angel a Camila tiene una enorme pesadilla. Asturias nos describe esta pesadilla utilizando la técnica del monólogo interior indirecto, una especie de fugaz e incoherente balbuceo interior de Cara de Angel, medio adormecido:

Al susto sintió Cara de Angel que se estaba durmiendo de pie.

Mejor era sentarse. Junto a la mesa de los remedios había una silla. Un segundo después la tenía bajo su cuerpo. El ruidito del reloj, el olor del alcanfor, la luz de las candelas ofrecidas a Jesús de la Merced y a Jesús de la Candelaria, todopoderosos, la mesa, las toallas, los remedios, la cuerda de San Francisco que prestó una vecina para ahuyentar al diablo, todo se fue desgranando sin choque, a rima lenta, gradería musical del adormecimiento, disolución momen-

tánea, malestar sabroso con más agujeros que una esponja, invisible, medio líquido, casi visible, casi sólido, latente, sondeado por sombras azules de sueño sin hilván:

...¿Quién está trasteando la guitarra? ...Quiebrahuesitos, en el diccionario oscuro... Quiebrahuesitos en el subterráneo oscuro cantará la canción del ingeniero agrónomo... ...Fríos de filo en la hojarasca... ...Por todos los poros de la tierra, ala cuadrangular, surge una carcaja ja jada interminable, endemoniada... Ríen, escupen, ¿qué hacen?...

El capítulo XXIX parece un verdadero patio de Monipodio cervantino: allí describe a los reyes y reinas del hampa y la prostitución. Mientras tanto sigue el consejo de guerra contra Canales y Carvajal. Vásquez es condenado a muerte. Al mismo tiempo y en planos paralelos, en escenas con técnica de instantáneas de cine, ocurre el matrimonio de Cara de Angel con la hija del general Canales, Camila. El Señor Presidente se entera del matrimonio haciéndose nombrar padrino, y se le vomita en el saco de Cara de Angel. Hay aquí otro ejemplo de la maldad refinada: el Presidente quiere aparecer ante los ojos del público como persona que ve con buenos ojos los matrimonios de sus amigos, pero en el fondo busca aniquilar a los dos contrayentes.

A Genaro Rodas lo sacan de la cárcel haciéndole firmar un papel, donde dice que recibió diez mil pesos de doña Chon, la dueña del prostíbulo a cambio de entregarle su esposa como pupila del burdel del "Dulce encanto". Cara de Angel y Camila son invitados a casa del Señor Presidente. Y este hace aparecer su nombre de padrino en los periódicos. Al leer esto el general Canales que estaba formando un grupo de guerrilleros, muere descorazonado al saber que su máximo enemigo ha sido padrino en las bodas de su hija Camila. Ello nos ilustra también la crueldad refinada de la obra.

Al final el Señor Presidente nombra a Cara de Angel en una misión diplomática a Washington, fingiendo no saber nada de la complicidad del esposo de Camila. Al tratar de salir rumbo a Washington cuando está que no cabe de la dicha porque va a dar el último paso de ese país, es detenido en la frontera en el minuto final. Otro amigo del Señor Presidente toma el pasaporte de Cara de Angel y sale rumbo a la capital norteamericana. La captura la hace el mayor Farfán, persona a quien Cara de Angel había librado antes de un envenenamiento. Valiéndose de Farfán la captura se le hace más fuerte a Cara de Angel, por haberle salvado la vida a este anteriormente. Al ir prisionero Cara de Angel en el tren que lo conduce a la muerte, Asturias nos da un buen cuadro con prosa rítmica de acentos fúnebres; destorciona también las palabras que forman otras nuevas "más y más cada vez, cada ver cada vez":

Seguía la tierra baja, plana, caliente, inalterable de la costa con los ojos perdidos de sueño y la sensación confusa de ir en el tren, de no ir en el tren, de irse quedando atrás del tren, cada vez más atrás del tren, más atrás del tren, más atrás del tren más atrás del tren más atrás del tren, cada vez más atrás, cada vez más atrás,

cada vez más atrás, más y más cada vez, cada ver cada ver...

Obsérvese cómo imita Asturias el ruido producido por el tren al avanzar "más atrás del tren, más atrás del tren, más atrás del tren" y cómo al final distorciona estas palabras de "cada vez más atrás" hasta convertirlas en "cada ver cada vez, cada ver cada ver cada ver".

En otro plano paralelo está Camila encinta, esperando cartas de su marido desde Washington. Al no saber nada de su esposo decide pedir pasaporte para salir del país, y se lo niegan. Nace un hijo de Camila que llaman Miguel.

Termina la obra con otro ejemplo más de la crueldad refinada del Presidente: valiéndose de los periódicos y de toda clase de ayudantes, hace saber a Camila que su esposo la ha abandonado para siempre. Al mismo tiempo, para amargar más a su antiguo favorito, le hace llegar a la cárcel la noticia de que su esposa Camila, amargada al no recibir ninguna noticia de Cara de Angel, cree verse burlada y se entrega amorosamente en brazos del Señor Presidente. La noticia es fatal para el prisionero de la celda número 17, que muere con una partida de defunción: disentería pútrida.

A partir de ese momento el prisionero empezó a rascarse como si le comiera el cuerpo que ya no sentía, se arañó la cara por enjugarse el llanto en donde solo le quedaba la piel lejana y se llevó la mano al pecho sin encontrarse: una telaraña de polvo húmedo había caído al suelo...

La novela termina con un epílogo, donde el Sacristán y un estudiante, departen con alegría al hallarsen ahora libres y no en la cárcel. Mientras tanto se oyen al unísono una especie de letanías donde se pide a Dios protección por todos los que sufren... Kyrie eleison (Señor, misericordia).